

CACTU



Select a Page



El triste deambular de nuestra generación

Por Sandro G. Manzano | *Blog*

Bajo su apariencia de comedia, las novelas de Tao Lin y las historietas de Simon Hanselmann comparten un subtexto desolador que sintetiza a la perfección el lado oscuro de toda una generación de jóvenes marcada por la despolitización y la apatía; todo ello con el grito desesperado de Meredith Haff de fondo.



“Hemos internalizado desde la infancia, y de forma tan indeleble, la crueldad y la fría racionalidad de

nuestro tiempo, que el idealismo nos parece ingenuo”

Dejad de lloriquear (Meredith Haaf, 2012)

Oigan el clamor, sólo tienen que llevar las orejas sin taponar: ¡no hay políticos decentes, la política cada vez le interesa a menos gente! Al joven de entre 20 y 35 años además le llegan otros gritos: algo sobre un porvenir diezmado por una crisis perenne, un fatal cambio climático, una más que probable catástrofe nuclear (¿hasta cuándo aguantará Fukushima?), unos índices descomunales de paro, una hucha de pensiones vacía y una democracia con cada vez menos predominio del *demos*. En definitiva, una serie de elementos capaces de configurar unas expectativas de futuro terribles, una inyección de incertidumbres y amenazas como único combustible para atravesar ese ya de por sí oscuro pasillo que es lo que nos queda por vivir. Todos estos elementos los apuntó una escritora perteneciente a ese grupo de edad, **Meredith Haaf**, en su excelente ensayo generacional *Dejad de lloriquear*, donde concluía que, al contrario que ocurrió con las generaciones anteriores, en la suya sus perspectivas están condicionadas con mucha más fuerza por el temor que por la esperanza.

Era 2012, y mientras que Meredith Haaf aireaba los problemas que le quitan el sueño a la juventud actual, el cosmos literario estatal se convulsionaba con la publicación de la segunda novela de un proclamado nuevo prometedor talento llegado desde Virginia. Hablamos de **Tao Lin**, y de *Robar en American Apparel*, una historia con marcados tintes autobiográficos cuyo título ya incluye el nombre de uno de los tótems de esa derivación de la cultura juvenil asociada al consumismo y a la frivolidad. Su protagonista es Sam, un aspirante a escritor que vive lindando la miseria a varios niveles: económico,

existencial y, de un tiempo a esta parte, además, amoroso. En esa situación, y junto a amigos y otros desconocidos, Sam vivirá una serie de (aparentemente) divertidas peripecias que le llevarán incluso a pasar un par de días en la cárcel. A tenor de algunas de las citas escogidas por Alpha Decay en la contraportada, *Robar en American Apparel* es un libro divertido y luminoso. Sin embargo, bajo ese relato de comedia se esconde un subtexto profundamente desolador.

Lo es porque, ante las circunstancias citadas, en Sam no hay rastro de nada que se parezca a luchar. El estilo frío y plano de la prosa de Tao Lin refuerzan más si cabe la sensación de apatía que se desprende de los personajes: experiencias normalmente traumáticas o, cuando menos intensas como robar y ser enviado a la cárcel son vividas por Sam con la misma insensibilidad (e incluso aburrimiento) con la que chatea con sus amigos mientras se pregunta si debería comer cereales o un donut. Esa abulia sentimental sale a flote en un Sam cuyo estado vital anda cerca de ese futuro sin perspectivas descrito por Meredith Haaf. No sólo eso, los personajes coquetean con la política de manera superficial y frívola. En un pasaje de la novela, los protagonistas encuentran un cartel con una reivindicación social escrita en él, y deciden cogerlo, pasearlo e incluso hacer de él su bandera. Sin embargo, es sólo un juego que queda patente cuando una mujer les inquiere acerca del contenido de la pancarta. Cuando la mujer pregunta a Sam por qué están de acuerdo con ello, la respuesta de Sam es reveladora: “No lo sé, sólo llevo el cartel; lo necesitamos para ponerlo a nuestro lado”.



HOY EN JACKASS: MEGG, MOGG & OWL

El mundo del cómic adquirió un brillo especial el pasado mes de abril gracias a la llegada a nuestras estanterías de *Hechizo total*, la primera entrega de las disparatadas aventuras de la bruja Megg, su gato Mogg y el búho Búho y la obra a la cual pertenecen las imágenes que acompañan este texto [en concreto, la primera es un fragmento de un *exlibris* incluido en la primera edición de Fulgencio Pimentel]. Su autor, **Simon Hanselmann**, posee una historia marcada por una infancia traumática, por episodios de ansiedad y depresión y por una precocidad insólita a la hora de crear sus primeras historietas. Es imprescindible recalcar que el tebeo de Hanselmann es, ante todo, una lectura increíblemente divertida, pero también en ocasiones una herramienta catártica para el autor y un reflejo sensacional de algunos de los rincones más sucios de nuestro aquí y ahora. De tal forma que podría recordarnos a los personajes de la obra de Tao Lin, a los protagonistas de *Hechizo total* apenas se les conoce profesión alguna, pasan el día tirados en el sofá viendo series de televisión y tomando todo tipo de drogas y

dedican la vida a deambular de un sitio a otro entre pesadas bromas que entre ellos mismos se preparan.

Claro, el fondo no dista demasiado de la imaginería de autores que ya conocemos como el **Irvine Welsh** de *Cola*, sin ir más lejos. Sin embargo, aquella generación crecida en los 70 y los 80 gozaba de cierto espíritu de rebeldía alimentado por la contracultura, por mucho que ésta se haya asociado últimamente más a un movimiento prefabricado que a una revolución espontánea. Vivimos en la era de despolitización, de la inacción, de los partidos “de centro”, de una cada vez mayor insensibilización frente a estímulos como la violencia o el sexo... Ahora mismo, en nuestro sofá, la bruja Megg y el gato Mogg están follando colocados mientras Búho rueda por la alfombra.

cómic | **Destacado** | **libros** | **Meredith Haaf** | **opinión** | **política** | **Simon Hanselmann** | **sociedad** | **Tao Lin**

¿Te ha gustado este artículo?

¡Compártelo!

3

11

Like

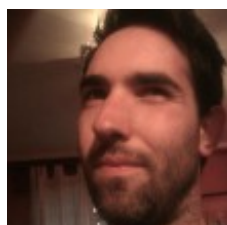
1

Pin it

1

+1

SOBRE EL AUTOR



Sandro G. Manzano La culpa es de la sociedad, de Lovecraft y de Parque Jurásico.